

la
novela

frivola

Cinematografica



N.º
1

La regata del amor

POR

Sally Phipps, Charles Morton, etc.

30
ct

RAY, Albert

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

N.º 1

None but the Brave,
La regata del amor

1928

Delicioso asunto, interpretado por
Sally Phipps, Charles Morton
y Farrell Mac Donald
entre otros notables artistas

Es una producción FOX

Distribuida por

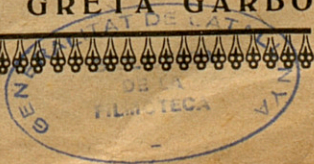
HISPANO FOXFILM, S. A. E.


Calle Valencia, 280 · BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis · BARCELONA

Postal obsequio: GRETA GARBO





Presentación

Ediciones Bistagne, atenta siempre a complacer al público "cinematográfico", crea esta nueva colección de películas noveladas, en la seguridad de que satisfará un deseo de lectura absolutamente frívola, amena y cautivante.

Pero no es ese tan sólo el afán de esta editorial, sino también formar una artística galería de artistas cinematográficos en sugestivas "poses" y primorosas "toilettes".

Todos los asuntos que se irán publicando, así como las fotografías que como regalo acompañarán a cada número, serán los mejores dentro del género; y al objeto de que esas postales puedan ser coleccionadas, a su debido tiempo obsequiaremos a nuestros favorecedores con un lujoso álbum.



La regaña del amor

Argumento de la película

Los diplomas se inventaron porque hay estudiantes que necesitan una prueba escrita de que son educados.

Esa es una ilusión como otra cualquiera, que no conduce a nada práctico, puesto que lo que importa, al salir del Colegio o de la Universidad, es llevarse en el magín, como estereotipado, el máximo saber posible, mucho más difícil de adquirir que los vulgares diplomas acreditativos de haber aprobado tal o cual asignatura o todas, con las mejores notas. ¡Puede tanto la casualidad... y lo que no es, precisamente, casualidad!

Nos hallamos en un gran día para la gente joven de cierto centro de enseñanza superior; y decimos gran día, porque era el de la partida... para no volver.

Naturalmente, algunos, por no decir todos, sentían en los últimos instantes de convivencia mutua, como una gran familia compuesta de hombres solos, esa tristeza que nos invade cuando debemos abandonar una cosa que ha sido durante algún tiempo nuestra inseparable compañera, confidente de nuestras penas y alegrías.

Pero la promesa que les brindaba el nuevo horizonte que se delineaba en la vida para cada uno de ellos, daba al traste con la melancolía y, quien más, quien menos, el pensamiento colectivo volaba hacia el hogar.

En el parque del colegio se había levantado un entarimado sobre el que se hallaba el claustro en peso, presidido por el director del centro docente, varón sabio y justo.

Tras el discurso de rigor de cada catedrático, se procedería al reparto de recompensas.

El director, vejete muy amigo de los discursos, más amigo de pronunciarlos por el menor motivo, que los estudiantes de soportar la lata que les daba, parecía tener cuerda para veinticuatro horas seguidas. Se había internado por las intrincadas calles del laberinto de la vida, y no encontraba el final.

—¡Salís de aquí—gritó de pronto—armados para luchar contra los duros problemas de la existencia! ¡Un largo, accidentado y difícil camino se abre ante vosotros!...

Eso ya lo había dicho seis o veintisiete veces, pero de otro modo; y a aquel paso lo repetiría cincuenta veces más, limitándose a cambiar las palabras.

Uno de los estudiantes que menos podía aguantar al "orador", bisbisó a un compañero, que estaba a su izquierda:

—¡El tío habla como si fuera dueño de un Ford!

Y el camarada rió el chiste, que lo era relacionar un Ford con lo de "un largo, accidentado y difícil camino"...

—¡Aunad el valor y la audacia a vuestra inteligencia, recordando que las damas prefieren a los fuertes!—prosiguió el rector de la universidad.

El estudiante de marras volvió a cuchichear a su compañero:

—Decididamente, el viejo está loco. Lo que hace falta para triunfar en este mundo es la frescura, y cuanta más, mejor.

—Soy de la misma opinión, y te felicito, chico, porque, a frescura, no hay quien te gane—repuso el otro estudiante.

—Esa ha sido la asignatura que me ha entrado más en esta casa durante el "veraneo" que me he dado en ella, y bien sabes que no puedo quejarme de cómo me ha ido siempre aquí.

Entre los amigos y familiares de los estudiantes salientes que asistían al acto de fin de curso, hallábase un hombrón, tan fornido como feote, pero en el fondo, un pedazo de pan untado con mermelada inglesa, que no es decir poco.

El aludido era Kafferty, "El Puños", profesor de cultura física en el colegio y en todas aquellas partes donde no se le negase la entrada.

Kafferty sonreía como un niño, satisfecho de haber convertido en atletas a algunos muchachos.

Para el profesor de gimnasia, lo más importante de la vida era el desarrollo de los músculos, convencido de que esto suplía ampliamente el cerebro, por cuya razón él tenía tan poco.

Un rapaz que rondaba por allí desde hacía unos instantes, se empeñó en pasar por debajo de las piernas de Kafferty, para colocarse en primera fila de los espectadores, pero, como se conocían, el feote lo levantó en vilo y le ofreció un excelente observatorio, para que no per-

diese detalle del momento más importante—por ser el más corto—de la sesión.

El chico en cuestión era "El Pecas", el voceador de periódicos de la universidad.

El niño era huérfano, y la amistad, el calor que hallaba entre los jóvenes estudiantes, le hacía olvidar casi por completo su soledad. ¡Además, los futuros sabios eran tan generosos con él! Muchos de ellos le compraban diarios o revistas que no habían de leer, únicamente por favorecerle, por verle de continuo con cara risueña.

Sin embargo, como en materia de predilección nada hay escrito, "El Pecas" no ocultaba que, entre todos, había un estudiante que merecía todo su cariño, su admiración toda y sus máximas deferencias. Nada. Para el chiquillo, aquel estudiante era un ídolo, por el que se haría matar gustosamente, si con el sacrificio de su vida podía proporcionarle algún beneficio. Indiscutiblemente, y no es broma, hay cariños que matan y el del "Pecas" era mortal de necesidad.

Algo había de tener superior a los demás el estudiante de marras objeto de tanta admiración, y no era sino su enorme simpatía, que habría de conducirlo al triunfo, y su tipo de buen ver, optimista a todas luces.

Y ese "héroe" no era otro ¡quién había de ser! que Charles Banning, el muchacho que menos podía digerir los discursos del rector, demostrándolo en aquella ocasión haciendo chistes malos con el compañero de su izquierda.

Y, ahora, silencio. El director se dispone a "premiar" al mérito. Escuchémosle con recogimiento de espíritu hombres y mujeres—léase mujeres y hombres, porque las señoras tienen el nú-

mero uno en todo—y decimos de espíritu, porque en estos tiempos de problemas domésticos se ha llegado a un grado tal de reducción de gastos... que hasta la ropa de las señoras se ha visto—nos guardaremos de decir "por los nubes", aunque ande muy cerca del... cielo—partida por el eje, o poco... muy poco menos.

¡Atención! Habla el *speaker* de la radio, digo, el director del colegio:

—Tengo el honor de hacer entrega de una copa de plata a Virgilio Pocofondo, el estudiante más distinguido de nuestro centro.

El "premiado" se separó de sus compañeros para ir a recoger de manos del rector la copa, vacía, desde luego... por lo de la ley seca... y por otras razones menos secas.

Virgilio ¡ay, sí! tenía, ciertamente, poco fondo, como rezaba su apellido, y tan poco fondo como cara de bobo. Por eso, seguramente, había estudiado tanto, porque sólo estudian los tontos. ¿Cómo que no? Si fuese sabio, no estudiaría.

En la mesa junto a la que se hallaba el rector había dos copas, una pequeña y diez veces mayor la otra.

Esta última, más que copa, parecía un sombrero... y no es de extrañar, porque hay sombreros de todas clases... hasta de copa.

Virgilio veía en manos del rector la copa de gran tamaño y se refocilaba de antemano al imaginar la alegría que experimentarían sus parientes al mostrarles la extraordinaria recompensa otorgada a su saber.

Pero... ¡ironías de la vida, que es la mar de pitorreadora!... el mejor alumno del colegio no se llevó la gran copa, sino la más pequeña, la de menos fondo, a pesar de que él había bebido

más en la fuente del saber y, por lo tanto, bebiendo más, le correspondía una buena copa.

El muchacho se llevó un gran chasco y regresó desilusionado a su puesto, entre aplausos de los invitados y de sus compañeros, además, por supuesto, de las felicitaciones de los catedráticos, que estaban orgullosos de él.

Los estudiantes se preguntaban con la mirada a quién iban a dar ahora la copa de gigante, vacía también, lógicamente. ¿Qué sabio Salomón la merecía?

¡Atención! ¡Ya está aquí otra vez la radio!

—¡Una segunda copa se ha concedido al atleta más brillante que hemos tenido en esta universidad!... ¡Charles Banning!

Al oír el nombre del favorito, todas las manos, todas, hasta las más delicadas manos femeninas, se rompieron de tanto aplaudir. ¡Ahí era nada un atleta... un atleta con tantas arrobos de simpatía como Charles, Carlitos!

El pequeño "Pecas" chillaba como un energúmeno, y el profesor de cultura física aplaudía y silbaba a un tiempo mismo, para demostrar que no cabía en su rústico pellejo de tanto como se había hinchado de contento. Para él, silbar era aplaudir; el caso era hacer mucho ruido, para que se conociera que Carlitos tenía buenos amigos.

El "triunfador" sonreía pródigamente y avanzaba hacia el entarimado, para tomar posesión de la señora copa, a la que no pocas muchachas envidiarían, por las curvas que se traía...

El rector dió un fuerte apretón de mano al apuesto muchacho, y los demás catedráticos se honraron asimismo en imitar al director. Y Carlitos, que tenía un grave defecto, o sea, idola-

trarse a sí mismo, repartió sonrisas a las mujeres y saludos a los hombres allí reunidos.

Virgilio, el de la copa raquítica, no osaba levantar la vista del suelo, avergonzado, apenado de que el puñetazo, la patada o cualquiera de las diosas paganas que no necesitan otra cosa que buenos alimentos, postergaran al saber, que requiere sacrificios, talento... y menos comida, que es, acaso, el mayor de los sacrificios.

"El Puños" y "El Pecas" rivalizaron en felicitar a Carlitos. El hombrón y el enano no se llevaban bien, seguramente porque si feo era el uno, feillo era el otro, además de que, y ese era el mayor motivo de su rivalidad, ambos apreciaban al vencedor y se tenían mutuamente celos.

"El Puños" zarandeó cariñosamente a Carlitos y preguntóle:

—¿Qué piensas hacer ahora, muchacho?... ¿Te dedicarás a la carrera bancaria o vas a convertirte en jugador de pelota profesional?

"El Pecas" aguzó el oído.

—Ya tengo trazado mi plan... ¡Voy a dedicarme a la venta de seguros de vida!... ¡Y venderé más que cien agentes reunidos!

—¡Buena suerte, pues! Un hombre como tú ha de triunfar en cuanto se proponga hacer.

Al ir a entrar en el edificio de la universidad, Charles fué detenido por "El Pecas", quien, abrazándole, le manifestó con ternura, así, tal como suena:

—De mí no escapas, Carlitos... ¡Todavía soy tu amigo, aunque te vayas de aquí!

—Bien, hombre, bien...—repuso Carlitos, sonriéndole, pero sin dar importancia a las palabras del chiquillo.

Pero "El Pecas" sentía un afecto verdaderamente fraternal por Carlitos, y estaba decidido a seguir sus pasos como el perro sigue a su dueño, aunque se hiera en el camino... aunque se muera de hambre.

* * *

Ya en la ciudad, Carlitos, que necesitaba trabajar para vivir, porque no era hijo de buena familia, aunque por su porte hiciera la competencia y aventajase al propio príncipe de Gales, decidió, en un momento de inspiración, favorecer a la Compañía Sand de Seguros, ofreciendo allí sus servicios.

Compuesto de treinta y un botón llegó al despacho de la Compañía y, con sangre fría al por mayor, dijo a la señorita encargada del teléfono y de atender a los visitantes que deseaban hablar con el director:

—Avisen al patrón que el cielo envía a Charles Banning para hacer subir su negocio.

La señorita pasó el original recado a la dirección, por teléfono, pero, a consecuencia de la respuesta que recibió, dijo a Carlitos:

—El señor Sand no puede recibir a nadie... Está celebrando una importante conferencia.

Carlitos sonrió, envolviendo en prometedoras miradas a la secretaria, y aprovechando el momento de atontamiento de ella, entró en la oficina general, para hacer lo cual no tuvo más que separar la valla, y haciendo girar los sillones de dos empleados que estaban hablando e interceptaban el paso, avanzó hacia el despacho privado de la dirección, al tiempo que decía:

—De seguro que estarán ocupados en nombrarme vicepresidente.

Nadie pudo impedir que el fresco realizara su propósito de entrevistarse con el señor Sand, y éste, que se hallaba en conferencia con dos consejeros, miró de arriba abajo, con cara de pocos amigos, al inesperado visitante, sorprendiéndole su presencia, cuando no le había autorizado a entrar.

Carlitos, estupendamente glacial, porque lo de fresco era ya poco, saludó a la "concur-rencia" y presentóse de esta suerte:

—Charles Banning, señor Sand, para servirle... Ha sido usted muy amable en hacerme llamar... Puede usted llamarme "hermano"...

La estupefacción del director rebasaba todos los extremos. Tentado estuvo de arrojarle un tintero a la cabeza al entrometido, pero éste se había expresado tan cortésmente, con simpatía tal, que lo del tintero quedó... en el tintero.

Sin embargo, el señor Sand iba a contarle un cuento al audaz; pero la fortuna, antojadiza y caprichosilla, debió prendarse de Carlitos, porque en aquel momento la secretaria llamó al teléfono al director, de un modo que no admitía apelación:

—El señor Jaime D. Craig desea verle con urgencia.

El director no se hizo repetir la indicación.

El anunciado era un hombre de gran influencia, extraordinariamente rico, y no le podía hacer esperar, por lo que salió de su despacho para recibirle personalmente en las oficinas generales y acompañarlo desde las mismas hasta su gabinete privado.

Carlitos quedó, pues, a solas con los dos consejeros, a los que se propuso convencer de sus

indiscutibles méritos de agente "colocador" de seguros de vida, profesión que equivale a la de enterrador vestido de etiqueta y sonriente.

El señor Sand no se imaginaba ver lo que estaba viendo. Llegó a suponer, en su afán de "colocar" seguros, que el millonario señor Craig se había decidido al fin, presintiendo que se iba a morir, a "asegurarse" un buen recuerdo en la familia, instituyéndola heredera de un seguro colosal. Pero la realidad era muy distinta, como lo podía atestiguar el buen hombre al que el señor Craig había obligado a seguirle hasta la Compañía, para que oyese la reclamación que iba a dirigir al director contra él.

Se habrá comprendido que el infeliz que iba con el millonario era un empleado de la casa, un agente, un enterrador más.

—¡Este pajarraco empleado suyo ha venido persiguiéndome con la pretensión de hacerme comprar un seguro de vida!

—Eso no es ningún crimen, señor Craig... —opinó, conciliador, el director.

—¡No creo un comino en la conveniencia de un seguro... aunque sí en la de aplicar la pena capital a los que los venden!

Y no dijo más el señor Craig. Dió media vuelta, resopló con furia y abandonó las oficinas, jurándose que si volvía a interponerse en su camino un agente de seguros, lo colgaba de un árbol, le quitaba los pantalones y le daba una tanda de palos en salva sea la parte, capaz de poner al rojo vivo la cara de un negro.

Disgustado por el incidente, el director volvió a su despacho particular, donde Carlitos hacía demostraciones prácticas a los consejeros de cómo se deben colocar seguros.

—Basta con hacer reír al cliente. ¡Lo demás es lo de menos!—aseguraba.

Los consejeros le contemplaban entre incrédulos y admirados.

—¡Yo hago firmar una póliza al tío más avaro del mundo! ¡No me hace falta más que un lápiz!—añadió, convencidísimo, el optimista Carlitos.

¡Cualquiera le rebatía sus argumentos, con lo firme que se expresaba!

El director entró en aquel momento en el despacho y llegó a sorprender la última exclamación de Carlitos. ¡Caramba! Aquello era asegurar mucho, demasiado, y nada perdería él con poner a prueba al aspirante a agente. Dispuesto a ello, le dió alcance y exclamó:—

—¡Pues coja usted un lápiz y vaya a la Florida a obtener la firma del señor Jaime D. Craig! ¡Si triunfa usted, tendrá un empleo para toda la vida!

Carlitos dió un salto de alegría. Había conseguido su propósito y no dudaba de que el triunfo seguiría favoreciéndole.

Despidióse con prisa, mucha prisa, del director y de los consejeros, y al hallarse en las oficinas generales, volvió a apartar los sendos sillones de los empleados que charlaban frente a frente, dirigió cariñosas miradas a la secretaria, que servía para infinidad de cosas más agradables que el estar de guardia ante un teléfono. y, al hallarse junto a la puerta de salida, vió un cordón que colgaba de lo alto y, sin vacilar, tiró del mismo, produciéndose por tal causa un gran revuelo entre el personal y la misma dirección de la Compañía... ¡porque la campana que se po-

nía en vibración al tirar del cordón era la de alarma, en caso de incendio!

Carlitos, adoptando una actitud de Presidente de la República, miró a todos los asustados presentes y manifestóles:

—¡No, señoras y caballeros! ¡No se trata de un incendio! ¡El mejor vendedor de seguros se lanza a trabajar! ¡Eso es todo!

Y sin esperar a que reaccionasen de la sorpresa, desapareció.

* * *

Carlitos se trasladó inmediatamente a la Florida en busca del señor Craig, ignorando que éste era el propietario del más lujoso balneario de la hermosa estación.

Apenas en la concurrida villa, vio a dos hermosas muchachas que llamaron poderosamente su atención de galanteador. Acababan de llegar a la estación en un Ford y una de ellas había apeado para recoger unos paquetes de manos de un empleado. La aludida era María Gordon, joven propietaria del bar americano más popular de la localidad, y su compañera era Betty Miller, amiga y colaboradora de Mary, y cuya sal hacía más codiciable sus platillos.

Al ver a las dos muchachas se comprendía que su negocio de bebidas y restaurante fuera viento en popa.

Carlitos saludó cordialmente a Mary, gustándole una enormidad; pero la joven, muy seria, se negó a corresponder a su saludo, no conociéndole ni habiéndole visto nunca.

A continuación del auto de las dos jovencitas había llegado al pie de la estación un majestuo-

so coche eléctrico del que descendió un distinguido caballero.

Carlitos iba a encaminarse hacia la población, cuando, curioseando alrededor del citado coche, vio con inenarrable sorpresa que en una chapa pegada junto al indicador de kilómetros había el nombre de Jaime D. Craig, con la dirección del balneario.

—¡Caracoles!—exclamó—. ¡Este es mi hombre!

Y aguzando el ingenio, puso en práctica un plan que le conduciría a trabar amistad con el millonario: levantó la cubierta del motor y desempalmó unos hilos, para impedir el funcionamiento del carburador. Realizada esta operación, se apartó unos pasos del coche y esperó la llegada y la consiguiente sorpresa del dueño del mismo al ver su súbita "panne".

Al poco, el señor Craig se acomodaba ante el volante de su coche, y al ir a embragar notó la insospechada avería, y como no era mecánico ni por asomo, se hubiese visto precisado a pedir por teléfono otro coche o a ir a pie con unos paquetes hasta el balneario, a no ser que Carlitos, como surgiendo de improviso, se adelantase a ponerse a su disposición.

—¿Puedo servirle en algo, señor Craig?—le dijo, fingiendo conocerle.

—No sé qué le pasa a mi coche, joven.

—Voy a ver.

Y Carlitos, fingiendo examinar el mecanismo del auto, esperó unos momentos y luego volvió a empalmar los hilos.

—¡Ya está! Pruebe usted.

El señor Craig le dio las gracias y se dispuso a alejarse, convencido de que la avería esta-

ba reparada, pero no tuvo la gentileza de invitar a Carlitos a acomodarse a su lado para dejarle donde él debía dirigirse.

Sin embargo, Carlitos no se inmutó y, consecuente con su audacia, subió al coche como si tal cosa y dijo al adusto ricacho:

—Yo voy al mismo hotel que usted...

Y, así, tuvo la oportunidad de conversar con el primer cliente que se proponía lograr.

El auto ocupado por las dos gentilísimas muchachas había salido ya de los alrededores de la estación, y poco tardaría el del señor Craig en darle alcance en la carretera.

Carlitos, procurando no levantar la menor sospecha en el ánimo del millonario, alabó su coche y terminó diciéndole:

—Un coche así, debe estar asegurado, ¿no?

El viejo le miró con hostilidad y repuso:

—¡No! ¡Y si tuviera la menor sospecha de que usted pretende venderme una póliza, le retorcería el pescuezo, y perdóneme que me exprese así!

—Comprendo, comprendo—murmuró Carlitos.

—¡Hay agentes tan pesados!...

Y se propuso no decir más al impulsivo millonario acerca de los seguros.

Instantes después, el coche de las dos jovencitas había sido alcanzado por el del señor Craig, quien, para que le cediesen el paso, se puso a agitar el claxon desesperadamente, aumentando su nerviosismo ante la insistencia en desatender su ruego de las ocupantes del insignificante Ford.

Pero lo que no sabía el señor Craig era que el auto de las muchachas se había atascado entre las vías del ferrocarril.

Carlitos lo comprendió y obligando al viejo a que le ayudase, empujó el coche hasta sacarlo del atolladero, mereciendo por ello una graciosa sonrisa de Mary y otra no menos cariñosa, pero para él menos importante, de la amiguita.

Y era que Mary, en materia de gustarle, era el no va más. Y aprovechó la ocasión para cambiar con ella algunas palabras.

—Le hubiera sacado a usted el coche antes de la vía, pero el viejo hipopótamo venía arrasando los pies.

—¡Gracias, gracias! Pero ya hemos llegado a tiempo de evitar la catástrofe... Y como era eso lo que se trataba de demostrar...

En efecto, acababa de cruzar como un bólido el expreso, salvándose milagrosamente el coche de un vuelo a los dominios celestiales.

El señor Craig oyó la "lisonja" dirigida por Carlitos a su persona y le dirigió una mirada furibunda. Pero el optimista joven, sonriéndole para aplacarle, le dijo:

—Gracias a nosotros, estas señoritas conservan todavía su coche.

Por todo decir, el viejo rezongó:

—¡A ver si ahora nos abren paso!...

Y he aquí que, cuando menos podía pensarlo el señor Craig, pasó otro tren por la vía sobre la que se hallaba parado su lujoso coche y mandó éste a las nubes.

Inútil decir el disgusto que se llevó el buen hombre y lo rápidamente que Carlitos aprovechó la oportunidad para decirle:

—Cuando compre usted un nuevo automóvil, no se olvide de llamar a Charlie Banning, el mejor agente de seguros del mundo.

—¡Maldita sea!...—masculló el señor Craig.

Carlitos había subido al coche de las dos amiguitas, y desde el mismo le gritó al viejo:

—Iré a visitarle al hotel y allí hablaremos de una póliza...

Y una hora después, luego de haberse despedido de las dos mocitas y de darse un paseo por la población, Carlitos se dirigió al hotel del millonario, el más grande y también el más caro de la estación veraniega.

Presentóse a la administración como un príncipe, pero, al ir a cambiar las primeras palabras con el encargado del "bureau", su vista tropezó con una mujer estupendamente bella, irresistiblemente "vampiresca", estupefaciente, "adormidera" y otras hierbas.

—¡Mi mamá! ¡Mi mamá!—murmuró para sí Carlitos.

La tentación hecha carne era Ivonne La Rue... una de tantas cosas atractivas que adornan el vestíbulo de un hotel. La niña se las traía como guapa... y como aventurera, pero a Carlitos sólo le interesaba lo de guapa.

Mirando a la encantadora mujer, que no dejó de corresponder a su simpatía, dijo a la administración:

—Quiero una habitación elegante y aireada... y en cuanto al precio, no importa.

Ni qué decir tiene que lo del precio lo dijo de un modo muy inteligible para que la aventurera lo oyese y lo confundiera con uno de esos millonarios, reyes de cualquier cosa, que acostumbaban pasar unos días en la aristocrática estación.

Sin cesar de mirarla, Carlitos siguió al botones que le acompañaba a su cuarto, y en sus miradas

parecía haber la promesa de que pronto tendrían ocasión de conocerse.

Y ella sonrió, aceptando de antemano el deseo del apuesto mozo, que parecía tener una buena cartera.

Ya en la habitación, Carlitos se llevó un susto mayúsculo al enterarse de que su precio era de cincuenta pesos diarios. Decididamente, era un "peso" excesivo para él, tan excesivo que no lo podía soportar, puesto que no tenía en caja más que cuarenta y ocho dólares.

No obstante, no se acobardó. Estaba en la Florida para triunfar, y triunfaría. En modo alguno quería contar con la familia, a la que, en caso extremo tendría que acudir, ¡claro está!

Desde su cuarto telefoneó a la administración preguntando por el señor Craig, dispuesto a pedirle hora para entrevistarse con él.

El rico propietario acababa de llegar y huelga decir que estaba furioso por la voladura de su coche.

—¿Qué hay? — preguntó, poniéndose al aparato.

Pero Carlitos vió en aquellos momentos a numerosos bañistas de ambos sexos haciendo vistas zambullidas desde regulares alturas y, como él era un excelente nadador, no pudo resistir a la tentación de emular a todos, dejándoles con la boca abierta, realizando un peligroso salto desde la ventana de su cuarto a la piscina.

No lo pensó más. Olvidóse del teléfono, vistióse un traje de baño, arrojó su albornoz a un rincón del jardín para recogerlo cuando saliese del agua y gritó a los de abajo, apareciendo en el rectángulo de la ventana:

—¡Atención, ahí va un nadador!

Y ¡zas! se arrojó al agua, causando sensación su temeridad.

Pero a un pollo maduro se le indigestó la proeza de Carlitos, quien no pensaba en las palabrotas que estaba pronunciando el señor Craig en el teléfono. El tal pollo "calabaza" era Ted Wilson, profesor de natación, sujeto que había ahogado a muchas niñas pretendiendo evitar que se ahogasen por su cuenta.

Carlitos sonrió a la escultural bañista que el profesor de natación estaba conquistando y, prescindiendo de si le gustaría o no a éste, dijo a aquélla:

—¡Aconseje usted a su amiguito que vaya a nadar al estanque de los niños!

Y recreóse largo rato recorriendo... a distancia, el cuerpo de aquella espléndida mujer, al que el vivo de Wilson se proponía enseñar a mantenerse a flote por su cuenta y razón.

Wilson no creyó prudente buscar pelea en la piscina con un cliente del hotel y dejó en paz a Carlitos; pero si se presentaba ocasión, sabría recordarle la chanza que se había permitido con él.

Carlitos alejóse de la piscina entre la admiración general, para cubrirse con el albornoz, y extrañóse de no encontrarle donde él lo había visto caer. Pero de pronto, surgiendo de entre el follaje, apareció ante él el simpático "Pecas", el huerfanito que se había jurado no separarse jamás de su gran amigo.

—¡Caramba! ¿Eres tú, "Pecas"?

—Ya te dije que de mí no escaparías.

—¡Bien, muchacho, bien! Pero, ¿cómo pudiste llegar hasta aquí?

—Te seguí a todas partes. De la universidad

a la ciudad, viajé en los topes del tren, y al enterarme de que venías aquí, he hecho el camino como Dios ha querido. He tardado, pero al fin vuelvo a reunirme contigo.

—¡Eres todo un aventurero, chico!

El pequeño tenía cara de hambre y sus ropas estaban hechas una calamidad.



"El Puños", flirteando con Betty...

Carlitos lo observó así y dijo al pequeño:

—¿Qué tal te sabría un emparedado de salchicha?

—No tan bien como ocho emparedados.

—Pues, vamos a comer.

Y Carlitos se dirigió, sin saberlo, al bar americano de Mary, donde encontró a Kafferty, "El Puños", flirteando con Betty, la graciosa amiga de Mary.

—¡Córcholis! ¡Tú aquí, "Puños"!

—¡Hola! ¡Hola, Carlitos!... ¡Tú aquí también, "Pecas"!

Se saludaron efusivamente Carlitos y "El Puños", y menos efusivamente éste y "El Pecas", que no por eso dejaban de quererse bien, y el hombrón les comunicó:

—Tengo un empleo magnífico como director de una casa de baños.

"El Pecas" sorprendió las miraditas que Betty dirigía a "Puños", y no pudo menos de comentar, dirigiéndose a éste:

—¡Esa chica debe andar mal de la cabeza, para haberse enamorado de un hombre como tú!

—¡Los nenes se callan! ¡Cuidadito con hablar así de mi novia, que nadie puede insultarla más que yo!

Mary apareció, procedente de la cocina, y al verla, Carlitos, saludándola cariñosamente, exclamó:

—¡Vamos, que está usted de suerte! ¡Ya me ha encontrado usted dos veces en menos de veinticuatro horas!

—¿No sabía usted que yo estaba aquí?

—¡Usted para mí está en todas partes! Y vamos a ver, ¿tiene usted algo con que llenar esta pequeña cavidad? —añadió, señalando a "Pecas".

Mary preparó un buen sandwich, y mientras "El Pecas" lo devoraba con fruición, aunque disgustado por el interés que Carlitos demostraba por Mary, éstos hablaban en voz baja.

Mary le preguntó:

—¿Por cuánto tiempo piensa usted estar aquí?

Y él le repuso:

—Por mucho y muy largo... a menos que usted se mude.

No sería la última vez que Carlitos visitaría la cantina de Mary, y quiso la casualidad que, un poco después, al volver a pasar cerca de allí, viese a Wilson tratando de besar a la fuerza a la honesta muchacha.

Sulfurado, Carlitos separó al canalla, dispuesto a darle una paliza, mientras Mary salía a la calle a pedir auxilio, para evitar una tragedia entre los dos hombres; y durante su ausencia ocurrió que Wilson, logrando colocar un fuerte golpe en la mandíbula a Carlitos, derribó a éste al suelo, y que "El Pecas", no pudiendo tolerar que su amigo fuese vencido, se encargó de asestar un tremendo golpe con un objeto duro a la cabeza de Wilson, tumbándole a su vez.

Carlitos se recobró rápidamente y cuando volvió Mary seguida de "El Puños", se hallaba ya en pie y se preguntaba si era efectivamente él quien había derribado a Wilson.

Mary tuvo que agradecer un nuevo favor a Carlitos, y su amistad iba adquiriendo el delicioso matiz del cariño.

* * *

Aquella noche, Carlitos, al acostarse, oyó un rumor en la puerta. ¿Sería que alguna estúpida bañista se proponía "conocerlo" a fondo?

Levantóse, abrió la puerta y encontró tendido al pie de la misma al "Pecas", durmiendo hecho un ovillo como un fiel can guardando a su dueño.

Emocionado, le tomó en brazos, lo entró en la habitación y, al despertarse el chico, le dijo:

—Eres un amigo de verdad. De hoy en adelante dependerás de mí.

Lo metió en el lecho, después de ponerle un camisón y el niño, hambriento de cariño, durmió-

se apretándose contra su pecho, donde había encontrado protección.

Y al día siguiente, Carlitos se gastó toda su fortuna en vestir de nuevo a "Pecas", y deseoso de que Mary viese tan elegante a su hijo adoptivo, fué a la cantina, pero tuvo que esperarse



—De hoy en adelante dependerás de mí.

para hablar con Mary, pues ésta se hallaba consultando el plano de una elegante casita que un constructor le ofrecía en ventajosas condiciones para trasladar en ella, remozado, su negocio.

A Mary le gustaba mucho la nueva casita, pero había un inconveniente: que no disponía de dinero para pagarla, y el constructor no estaba dispuesto a montársela, pues era de madera y un modelo construído ya, sin previo pago.

Era una verdadera lástima, porque con aquel local tan precioso, Mary duplicaría las ventas.

Para aquella semana se anunciaban grandes fiestas en la Florida: un concurso internacional de belleza, con un premio de mil dólares y un campeonato de regatas de botes de gasolina, con un premio de dos mil quinientos dólares.

"El Pecas" dijo a su gran amigo:

—Si ganases el premio de las regatas, seríamos ricos. ¿Por qué no pruebas?

Carlitos se encogió de hombros y repuso:

—¡Bah! Seré generoso y permitiré que algún otro triunfe en algo.

En aquel momento oyó el precio que el constructor pedía a Mary por el nuevo local: novecientos dólares, y no pudo menos de pensar que Mary podía ganar los mil dólares del premio a la belleza, porque era ciertamente bonita. Podía probar...

—¿Por qué no toma usted parte en el concurso de belleza? Puede usted estar segura de triunfar.

—¿Cree usted?... ¡Con las elegantes y bonitas mujeres que llegan aquí todos los años!...

—Inscríbese usted con el nombre de señorita América... ¡Con su figura y mis influencias, puedo garantizarle la victoria!

Y la tentación hizo mella en la almita de Mary.

Al salir de la cantina, Carlitos encontró a la monísima Ivonne, que lucía un provocativo traje de playa, con un escote más provocativo todavía. Si el gozo era lo que llenaba su pecho, era una criatura extraordinariamente feliz.

—¿Por qué no se inscribe usted en el concurso de belleza?—le dijo, besándola con la mirada—. La victoria es suya... y los mil dólares.

—No sé...

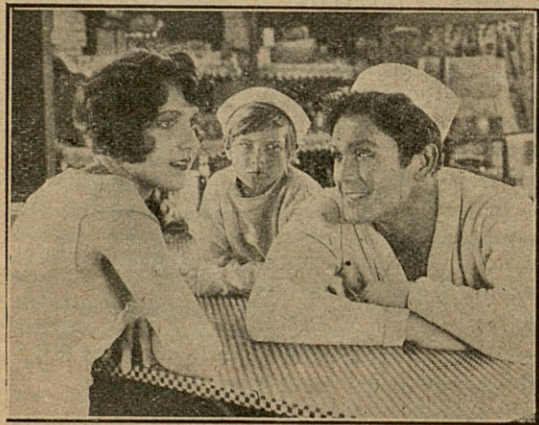
—Preséntese usted con el nombre de señorita

Libertad... ¡Con su figura y mis influencias, puedo garantizarle el triunfo!

Se quedó tan fresco y siguió adelante, para repetir la misma cantinela a otras sirenas.

"El Pecas" le reprochó:

—¿Qué te propones? Eso mismo le dijiste a Mary...



—¿Por qué no toma usted parte en el concurso de belleza?

—¡No seas tonto, hombre! ¡A todas hay que decirlas lo mismo: las agrada!

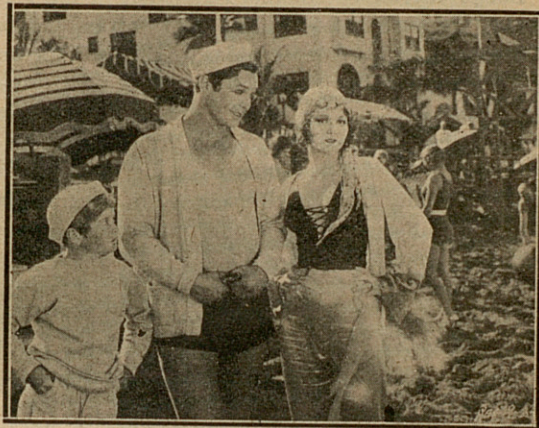
Fiando en la palabra de Carlitos, Mary se entrevistó con el constructor y como éste tenía allí la casita modelo que le propusiera, la adquirió y varios obreros procedían a montarla.

Carlitos vió el nuevo local a punto de terminar y dijo a Betty:

—¿Ha hecho Mary levantar esa nueva cantina?

—¡Buena la ha armado usted!... — contestó Betty —. ¡Ahora tendrá usted que hacer que Mary alcance el premio en el concurso!

Y Carlitos palideció. ¡Malo! ¡Malo! Había exagerado la nota asegurando lo que no podía



—¿Por qué no se inscribe usted en el concurso de belleza?

asegurar. Lo único veraz que había en todo, era que Mary le gustaba más que ninguna otra mujer, eso sí, pero no para divertirse, como con las otras, sino para bien, para el mejor bien posible.

¿Qué hacer, ahora? ¡Quién sabe si la casualidad que le había favorecido tantas veces, vendría ahora otra vez en su ayuda, dando el premio a Mary, para que él quedase en buen lugar?

Decidióse, pues, a esperar; y llegó el gran día del Concurso Internacional de Belleza.

Predominaba la nota frívola, es decir, las concursantes enseñaban maravillas de carne, que mareaban al jurado, presidido por el señor Craig, quien parecía otro contemplando a las niñas.

Empezó el desfile de bellezas.

Apareció, Holanda, escultural; y el señor Craig temió que le diese un ataque.

Luego fueron desfilando Italia, Alemania, Escocia, Irlanda, representadas por otras tantas chicas que tiraban de espaldas, y a continuación presentáronse el Japón, con una japonesita que tenía una cara... y lo demás... como la luna de pícara, los Estados Unidos de América, representados por Mary, radiante de hermosura; la Gran Bretaña, Francia, España, y, finalmente, la señorita Libertad, por la que muchos se harían prender... para ganarla.

España echaba fuego por todos sus poros. Tenía una caída de ojos espeluznante, unos labios glotones, y su cuerpo, de maja, enloquecía al señor Craig, que se la comía a besos imaginarios.

De buena gana el millonario hubiese invitado a todas las concursantes a su hotel, en un salón reservado, y, dirigiéndose a todas, las hubiera dicho:

—Niñas, aquí estoy yo, con mi cara y mis millones, dispuesto a lo que queráis. Haced conmigo lo que se os antoje... y dejadme que yo haga con vosotras lo mismo.

Pero la española era la que le gustaba más. Por conseguirla sería capaz de hacerse torero, para empañar la fama de Joselito, el Maravillas.

Dióse principio a la eliminación de algunas candidatas, y, por último, sólo quedaron en el ruedo los Estados Unidos de América y España.

Carlitos, "El Puños", Betty y "El Pecas" esperaban ansiosamente el fallo, así como el constructor de casas de madera, que confiaba cobrar con el importe del premio, habiendo asegurado a Mary que de no cobrar en seguida la desahuciaría, por no querer fiar.



Empezó el desfile de bellezas.

Pero venció España, porque el señor Craig decidió que venciese la belleza con nervio, con sangre, bravía, indómita, enloquecedora. Digamos, de paso, que la españolita, sabía como sus paisanas, cautivó al viejo guiñándole un ojo, como si le prometiera la Giralda, la Alhambra... y su cuerpo serrano, más serrano que el jamón.

* * *

"El Pecas" no pudo callar su indignación, cuando, al llegar a la habitación de "El Puños", quedó a solas con Carlitos:

—¡No tienes perdón por el mal que le has he-

cho a Mary! ¡Y pensar que yo abandoné mi negocio de periódicos por estar cerca de ti! ¡Y yo que te creía el hombre más grande del mundo! ¡Bah! ¡No eres sino un fachendoso, y a los fachendosos se les desprecia!

Irritado, Carlitos dió un golpe al "Pecas", de resultas del cual éste fué a caer a algunos metros, hiriéndose en la cabeza y perdiendo el sentido.

Acudió "El Puños".

—¿Qué ha sucedido?

Apenado, Carlitos contó la verdad, y gimió, depositando al niño en el lecho:

—¡"Pecas"! ¡"Pecas"! ¡Perdóname! ¡No quise hacerte daño!

El niño abrió los ojos, y, al verle, le rechazó, exclamando:

—¡No quiero ser amigo de nadie de quien no pueda enorgullecerme!

Carlitos reaccionó vivamente, sintiendo en el alma el desprecio del niño, y le prometió, estrechando una de sus manos:

—¡He de hacer que te enorgullezcas de mí, "Pecas", aunque me cueste la vida!

Y salió de la habitación de "Puños", decidido a ser valiente de verdad.

Y "El Pecas", sonriente, dijo a "Puños", que estaba a su lado:

—¡Ojalá lo diga de verdad!

Para mayor estímulo en su afán de triunfo, Carlitos enteróse de que si por todo el lunes Mary no había abonado el importe del nuevo local de su bar americano, sería echada a la calle y denunciada.

—¡Yo arreglaré este asunto, Mary! — le prometió sinceramente —. ¡Estoy decidido a hacer

cualquier cosa por que tu vuelvas a creer en mí!

Y, dejando a Mary, fué a entrevistarse con el señor Craig.

Le encontró de mal humor. La española le había salido arisca... y se quedaría, por lo visto, en ayunas. Menos mal que se contentaría con dos compañeritas del concurso que se traían lo suyo muy bien puesto.

—¡Señor Craig, se trata de un asunto de vida o muerte! Yo vine aquí a venderle a usted una póliza de seguro, y, sencillamente, *tiene* usted que comprarla!

El viejo le agarrotó el cuello con sus manos, dispuesto a cumplir la amenaza que había hecho de retorcer el pescuezo al primer agente de seguros que se le pusiera delante, pero Carlitos, que estaba resuelto a todo, tomó la cosa a broma, y la casualidad vino en su ayuda, renunciando el profesor de natación Wilson, que estaba borracho, a conducir, en las regatas, la canoa del señor Craig, y proporcionándole a él, aquella circunstancia, la ocasión de ofrecerse para conducirla bajo la promesa de que, si ganaba, el viejo le firmaría una póliza de seguro.

Wilson juró vengarse de Carlitos, y ahora, al renunciar, por negarse el señor Craig a darle más dinero, a conducir su canoa, se dispuso a conducir la de otro concursante, para poder impedir que Carlitos ganase, recurriendo a lo que fuere preciso.

Carlitos no había conducido nunca una canoa, pero, inspirado, se lanzó a una loca carrera, después de inspeccionar el motor, y suya era la victoria, pero Wilson se interpuso a su definitivo avance con su canoa, y ocurrió que Carlitos con la suya, derribó a la del vengativo borra-

cho, el cual quedó cogido a un madero, con inminente riesgo de perecer ahogado.

Un poco más y Carlitos llegaría a la meta, pero, al ver en peligro a Wilson, viró en redondo y renunció al premio, por salvar a un semejante.

Cuando llegó a la orilla, con el naufrago, estaba abatido, avergonzado. Había hecho su ruina, la de Mary, e imposibilitado su reconciliación con "El Pecas". Pero, contrariamente a sus oscuros pensamientos, todos, todos, desde "El Pecas" hasta el señor Craig, le felicitaron por su noble comportamiento, porque ser un hombre de corazón es lo mejor del mundo.

Lo que le dolía a Carlitos era no conseguir la póliza de seguro, pero, en cambio, el señor Craig, estrechándole efusivamente la mano, le prometió:

—Cuenta con un empleo mejor que todas las comisiones que pudiera percibir por las pólizas de seguro. ¡Es usted un hombre admirable, y quiero que seamos buenos amigos! No me hable, pues, de pólizas.

Y he aquí cómo, con su generosa acción, digna de un atleta de cuerpo y mente sanos, logró Carlitos hacer feliz a Mary, casándose con ella, y al "Pecas", dándole buenos estudios, considerándole siempre como un hijo.

Y, al ver a su padre adoptivo tan contento, "El Pecas" decía a "El Puños", que también iba camino de la vicaría con Betty:

—¡Ya ves, "Puños"! ¡He hecho de él un hombre!

EB